

El secreto de Baroja

a propósito del estilo literario barojiano

[Francisco Fuster García]

Si existe un autor en la historia de la literatura española contemporánea al que pueda aplicársele —sin que esto suponga una exageración, como ocurre en otros casos— aquella célebre máxima del *Discurso sobre el estilo* de Buffon que dice que «el estilo es el hombre», ese es, bajo mi punto de vista, Pío Baroja.

Y es que la importancia de la forma de escribir del novelista vasco ya fue advertida en su día por quien, sin duda alguna, ha sido el mejor crítico de su obra: su compañero de generación, José Martínez Ruiz, «Azorín». Primero, en una reseña de *El árbol de la ciencia* en la que equiparaba el estilo barojiano con el del Cervantes de *El Quijote*, en el sentido de que ambos son igual de irrepetibles:

El estilo de Baroja puede parangonarse con el de Cervantes en el *Quijote*; vemos en uno y en otro las mismas consonancias, las mismas redundancias, los mismos desaliños. No fuera el *Quijote* lo que es si se hubiera escrito de otro modo. El estilo de un artista no puede ser diferente de como se produce; es la resultante fatal, lógica, de una sensibilidad. Cojamos una página de Cervantes o de Baroja; redactémosla en una prosa correcta, elocuente, brillante, y veremos de un modo palpable lo absurdo del procedimiento (*ABC*, 30-I-1912).

Y muchos años después, en una breve glosa incluida en su libro *Madrid* (1941), elocuentemente titulada «El secreto de Baroja», en la que el escritor alicantino ponía el énfasis en ese aspecto que, según él, explicaba el éxito cosechado por la obra de su amigo: «El secreto de Baroja es un secreto a voces. Todos lo saben y no lo sabe explicar nadie. Tienen la clave de ese misterio muchos, y son pocos los que la tienen. El secreto de Baroja es su estilo. No se ha dado tal estilo nunca en ningún gran escritor español».

Efectivamente, creo que en la obra de nuestro autor se percibe como en ninguna otra la interrelación entre vida, obra y estilo de un escritor, de manera que, dándole la vuelta a esa máxima de Buffon, me atrevo a decir que en el caso barojiano, es la naturaleza del hombre la que

determina y condiciona el estilo. Valores como la sinceridad o el deseo de independencia, son rasgos de la personalidad de Baroja que marcan su estilo literario y el tono, a veces anárquico y contradictorio, de su obra. Como explicó la hispanista Biruté Cipliauskaitė en la monografía *Baroja, un estilo* (1972), «es el fuerte individualismo, pues, la causa del fragmentarismo tan característico de su obra: expresión de un ánimo rebelde e impaciente. El no reconocer normas para ser libre y poder cambiar a su antojo explica las contradicciones que se dan en sus páginas, los saltos arbitrarios, el manejo personal del tiempo». O, como dejó escrito Max Aub en su *Discurso de la novela española contemporánea*, lo mejor de Baroja está en la naturalidad de su escritura y en decir —y decirlo con sus propias palabras, con su estilo— lo que todos están pensando pero nadie se atreve a decir, quizá por miedo a excederse con una sinceridad que no siempre es bien recibida: «El arte de Baroja está en su escritura y en él mismo, en su desgaire, en su personalidad. Y en su sinceridad cínica que por reflejar muchas veces el sentido común, mantenido mudo por el qué dirán, cosquillea la vanidad de todos».

A Baroja se le admite —e incluso se le valora— su espíritu de contradicción porque el lector entiende que se trata de un precio a pagar: el individuo es cambiante por naturaleza y la evolución de las opiniones conlleva siempre la discordancia entre lo dicho en un momento y lo matizado o negado años después. De hecho, el propio escritor reflexionó varias veces a lo largo de su obra sobre lo que él pensaba que debía ser el estilo de un escritor, llegando a la conclusión de que lo ideal para un autor es conseguir que el estilo literario sea una prolongación de su personalidad, de su ego. La cita procede de *La caverna del humorismo* (1919):

Para mí, el *súmmum* del arte literario es llegar a un paralelismo absoluto entre el movimiento psíquico de ideas, sentimientos y emociones y el movimiento del estilo. Cuanto más exacta sea esta relación, mejor. Yo creo que aquí debe pasar como en un re-

trato; que es mejor como retrato (no como obra artística) cuanto más se parezca al retratado, no cuanto más bonito esté.

Así, el hombre sencillo, humilde y descuidado, tendrá su perfección en el estilo sencillo, humilde y descuidado, y el hombre retórico, altisonante y gongorino, en el estilo retórico, altisonante y gongorino. El hombre alto que parezca alto, el flaco, flaco, y el jorobado, jorobado. Así debe ser, las transformaciones de los chatos en narigudos están bien para los institutos de belleza y otros lugares de farsa estética y popular, pero no para el estilo.

EL MITO DEL «NO ESTILO» BAROJIANO

Si Baroja y sus críticos han dedicado tantas páginas al asunto del estilo es porque, desde sus primeras publicaciones, nuestro autor fue víctima de juicios y valoraciones que denunciaban su poco cuidado con el lenguaje. Aunque no han sido mayoría, lo cierto es que críticos de la talla de Carlos Blanco Aguinaga han dicho de él que, con la excusa de esa sinceridad irrenunciable, lo que hizo Baroja fue escribir novelas de escasa calidad literaria:

No pocas novelas de Baroja nos parecen malas novelas, estructuralmente y en su ideología escéptica de baratillo. ¿Es posible que en la época de Conrad y de Gorki, y hasta de Joyce, después de Dostoievsky y de Galdós se pueda escribir con tal pobreza, tan pueblerinamente, bajo el pretexto de ser «vital» y «sincero»? (*Triunfo*, n.º 507, 1972).

Pero estas acusaciones vinieron ya mucho antes y provocaron que fuese el propio Baroja quien, en varios pasajes de su obra, reflexionase sobre el tema. Así lo hizo, por ejemplo, en uno de los epígrafes de *Juventud, egolatría* (1917) en los que admitía que, posiblemente, a su estilo sí le faltaba alguna de las cosas que echaban de menos sus lectores más críticos:

Un amigo inteligente me dijo una vez: «No sé qué le falta a su idioma; lo encuentro agrio». Es lo que me ha parecido más exacto de lo que me han dicho.

Lo que me falta principalmente para escribir el castellano no es la corrección gramatical pura, ni es la sintaxis. Es el tiempo, el compás del estilo. Es lo que choca al que lee mis libros por primera vez: nota algo que no le suena, y es que hay una manera de respirar que no es la tradicional.

Y así, a fuerza de repetirse una y otra vez, se fue construyendo una especie de mito sobre la falta de estilo de Baroja; mito que, sin embargo, ha sido desmentido por quienes nos han advertido sobre la persistencia de un juicio que, como cualquier tópico, contiene una parte

de verdad y otra más sustancial de entelequia, de construcción sin base empírica alguna. En *La novela española contemporánea* (1970), Eugenio G. de Nora apuntaba que los defectos de la obra de Baroja no justificaban «la leyenda del escritor balbuciente y sin estilo, en quien lo posee, acaso, con más vigor y capacidad de perduración viva que ninguno de sus grandes contemporáneos». Dos años más tarde, la ya citada Ciplijauskaité coincidía en esta apreciación: «La afirmación de que Baroja no se preocupa por la estructura ni el estilo, que escribe «a lo que salga» ha sido repetida con tanta frecuencia que se ha convertido en un mito difícil de destruir».

Además de desmentir el tópico de la falta de estilo de Baroja, lo que también ha intentando la crítica ha sido buscar el calificativo que mejor define el personalísimo estilo barojiano. Desde Rafael Cansinos Assens hasta Miguel Sánchez-Ostiz, pasando por Azorín, han sido muchos los autores que no se han resistido a dar un adjetivo cierto o una metáfora feliz para resumir en una idea las características de esa peculiar forma de narrar.

En la temprana reseña de *La ciudad de la niebla* (1909) publicada por Azorín, el escritor alicantino ya hablaba del barojiano como de un estilo que, si bien no podía ser considerado muy «literario», en el sentido tradicional del término, sí que poseía, en cambio, una capacidad inaudita para el humor y la ironía:

Ahora había que hablar del estilo de Baroja. Este novelista no tiene estilo *literario*, no es retórico, artificioso, afectado. Los novelistas realistas abruma al lector con su pesadez, sus descripciones interminables, su prejuicio triste por la demostración, su lirismo oratorio. Baroja tiene lo que es rarísimo, lo que es solo patrimonio de altos ingenios: la gracia, la ligereza y el humor. Es un disgregador y un disolvente de todo; pero es un disolvente jovial, irónico, alado, sutilísimo (*ABC*, 21-II-1909).

Poco tiempo después, y en uno de los cuatro volúmenes que forman *La nueva literatura*, publicados entre 1917 y 1927, Cansinos Assens dedicó unas páginas a Baroja en las que hablaba de su estilo y empleaba una feliz metáfora geográfica para definirlo como un estilo «energético, conciso, cortado; un estilo abrupto y escueto, de cordillera y de acantilado, en el que nunca se abren senos floridos y plácidos». En su numerosas veces reeditada *Historia de la literatura española* (1948), José García López dedica unas pocas páginas a Baroja en las que leemos que el estilo barojiano es «el más desaliñado y antirretórico de su generación, pero también el más dinámico y expresivo. [...] Su prosa abunda en errores sintácticos, pero la misma descuidada espontaneidad de que es-

tos son fruto, le presta un especial encanto. Es el suyo un estilo rápido, nervioso, que no busca la frase atildada y primorosa sino la claridad y la sencillez». Por su parte, y hablando ya de juicios publicados tras la muerte del escritor, en su aportación al volumen colectivo *Baroja y su mundo* (1961-1962), Federico de Onís empleó una curiosa y original metáfora para describir con una imagen muy gráfica la forma campechana y nada ceremoniosa de la escritura barojiana:

No se puede leer una página suya sin reconocer enseguida en ella el tono de su voz, sin pensar que solo él podía haberla escrito. Ciertamente es que el estilo de Baroja es ingenuo, espontáneo hasta rayar en el cinismo, que escribe casi como se habla, en mangas de camisa podríamos decir, como si no hubiera habido antes de él literatura; pero por eso mismo está libre de vulgaridad y lugares comunes y brilla en él desnuda la poderosa originalidad de su espíritu.

Otra tentativa de definición original es la propuesta formulada en su día por Guillermo Díaz-Plaja, quien en un breve ensayo publicado en el *Boletín de la Real Academia Española* (1972), con ocasión del centenario del nacimiento del escritor, se refería a la «noluntad de estilo» de Baroja («con la significación contraria de voluntad de estilo»), en el sentido de que quizá aquello que más caracterizaba al estilo barojiano era precisamente su ausencia: el deseo de no querer tener estilo o, dicho de otra forma, de no adecuarse a la ortodoxia sancionadora del canon literario de la época. Ciplijauskaité, por su parte, ha relacionado la forma de componer las historias de Baroja «"con ventanas" y sin dibujo fijo», con el estilo impresionista. Y Miguel Sánchez-Ostiz ha hablado en su biografía, *Pío Baroja, a escena* (2005), de una «arbitrariedad» que «en cualquier otro hubiese sido considerada como una mayúscula falta de respeto para con el lector», pero que «en Baroja, sin embargo, es uno de los rasgos más apreciados y aplaudidos de su peculiar estilo».

UN ESTILO MODERNO; UNA OBRA ACTUAL

Como argumentó en su día Ciplijauskaité, Baroja supo crear un estilo narrativo nuevo y diferente, fragmentario y ágil, característico de la modernidad e ideal para transmitir la sensación de precariedad que conllevaba la crisis finisecular: «a la vida confusa, fragmentaria, de rapidez loca correspondía perfectamente el estilo rápido, conciso, a veces brusco del autor». Lejos de ser algo casual, el propio Baroja insistió en *Juventud, egolatría* en que los rasgos de su estilo eran deliberados y formaban parte de lo que él consideraba que debía ser una novela. Su perso-

nal forma de narrar, su característico uso del período y el párrafo corto, así como su empleo de un determinado lenguaje y del recurso constante al diálogo como forma de dar mayor vivacidad a la acción, son factores conformadores de esa «retórica de tono menor» —en oposición a la de «tono mayor», a la tradicional— con la que siempre se identificó:

Algunos lectores, que no rechazan en absoluto mi forma literaria, me preguntan:

— ¿Por qué emplea usted ese período corto, que quita elocuencia y rotundidad a la frase?

— Es que yo no busco la elocuencia ni la rotundidad de la frase —les digo—; es más, huyo de ellas. Para la mayoría de los casticistas españoles no hay más retórica posible que la retórica en tono mayor. [...] Esta retórica en tono mayor marcha con un paso ceremonioso y académico. En un momento histórico puede estar bien; a la larga, y repetida a cada instante, es de lo más aburrido de la literatura; destruye el matiz, da uniformidad de plana de pendolista a todo lo escrito.

En cambio, la retórica de tono menor, que a primera vista parece pobre, luego resulta más atractiva, tiene un ritmo más vivo, más vital, menos ampuloso. Es en el fondo esta retórica continencia y economía de gestos; es como una persona ágil, vestida con una túnica ligera y sutil.

[...] Yo supongo que se puede ser sencillo y sincero, sin afectación y sin chabacanería, un poco gris, para que se destaquen los matices tenues; que se puede emplear un ritmo que vaya en consonancia con la vida actual, ligera y varia y sin aspiración de solemnidad.

Pero son precisamente estas incoherencias estilísticas denunciadas por la crítica las que dotan al estilo barojiano de una indiscutible modernidad para la época. La prosa de Baroja se separa así de la de sus compañeros de generación y de la de aquellos autores realistas cuyo estilo no tiene ya nada que ver con el de nuestro autor, lo que explicaría —según Ciplijauskaité— «por qué la lectura de Galdós trae frecuentemente un sabor de «siglo pasado», mientras que Baroja «no envejece»». Esta modernidad del estilo de Baroja tiene su más evidente consecuencia en el hecho de dotar a la obra barojiana de una vigencia y una actualidad perennes, infinitas.

Ya en 1925, Azorín hacía gala de su perspicacia habitual como crítico y subrayaba precisamente esto, al afirmar que «el estilo de Baroja, claro, sencillo, directo, no pasará nunca: es inalterable; se leerá la prosa de Baroja lo mismo dentro de tres siglos que ahora» (*ABC*, 6-II-1925). El no envejecer nunca y el ser novelas que, más allá de su trama, interesan al lector de todas las épocas

por su acción, por su ritmo narrativo y por la agilidad de sus diálogos, es la mayor cualidad que el estilo literario de Baroja aporta a sus novelas:

Y la ventaja mayor del procedimiento de Baroja es que no envejece. Dentro de cien años, de doscientos, se podrá leer una novela de Baroja del mismo modo, con el mismo gusto, que ahora. ¿Sucederá lo propio con las novelas y narraciones de aquellos jóvenes que, por estar al día, adopten una modalidad pasajera? [...] La influencia de Baroja es ya considerable; lo será cada vez más. Hay autores, como Baudelaire, como Stendhal, en Francia, que se hallan por encima de todas las incidencias y los viceversas de las modas literarias. El prestigio de Baroja en España es del mismo orden; aun los más jóvenes que puedan renegar de él —no ha llegado todavía ese caso— le deberán lo mejor, lo más íntimo de su personalidad (*ABC*, 19-I-1928).

Efectivamente, y como intuye Azorín, la impronta dejada en la literatura española y en las generaciones de autores posteriores por el estilo barojiano es una huella indeleble que marca un antes y un después. En *La caverna del humorismo*, Baroja escribe que, para él, «lo ideal de un autor sería que su estilo fuera siempre inesperado; un estilo que no se pudiera imitar a fuerza de personal». Y aunque el propio novelista vasco negaba que esto fuese posible, él es sin duda, y dentro del panorama de la literatura española contemporánea, uno de los que más cerca está de conseguirlo, si es que no lo ha logrado. En este sentido, mi juicio coincide con el de José Luis Abellán, quien en su *Sociología del 98* (1973) llegó a la conclusión de que Baroja había creado un estilo que va incluso más allá de lo literario; un estilo que imbuje a todo lo relacionado intrínsecamente con su personalidad, a todo lo que solemos agrupar bajo el apelativo de «barojiano»:

Baroja ha incorporado al mundo de los valores estéticos un nuevo «estilo» peculiar y originalísimo: el de «lo barojiano». Es un modo sereno, despreocupado, de enfrentarse con las cosas, que se halla a mitad de camino entre el estoicismo y el desprecio. Más que una concepción del mundo «lo barojiano» es un modo de ver las cosas o, mejor dicho, un modo de hacerlas y de comportarse. Por eso son tan poco importantes los defectos de sus novelas, o las desigualdades entre unas y otras, que señalamos al principio de estas páginas. En definitiva nada de esto tiene demasiada importancia, porque lo esencial es lo que subyace bajo esto; es decir, el estilo.

Literariamente hablando, «lo barojiano» es indefinible porque no se identifica con ningún rasgo concreto de una forma de narrar en la que nada sobresale ni desentona más que el resto. Para ese lector barojiano que fue Julio Camba, nuestro autor es más reconocible por sus defectos que por sus virtudes, ya que son precisamente sus errores de forma y sus contradicciones de fondo los que hacen de Baroja un autor admirable:

Pero yo, no por eso dejo de admirar a Baroja. Y es que yo no le he admirado nunca por sus cualidades, sino por sus defectos. No le he admirado, a pesar de sus incongruencias, sino por sus incongruencias, ni a pesar de sus faltas gramaticales, sino por sus faltas gramaticales, ni a pesar de sus ideas absurdas, sino por sus ideas absurdas. Y el día en que Baroja escriba un libro razonable, con ideas sensatas, con buena gramática y con un plan lógico, no seré yo quien se gaste tres cincuenta en adquirirlo (*El Sol*, 13-XI-1918).

Todo lo dicho sobre el estilo de Baroja y su relación con el éxito de su obra conduce a una interesante paradoja señalada hace unos años por Eduardo Mendoza (uno de los escritores actuales que más han heredado de ese estilo barojiano) en el emotivo ensayo —*Pló Baroja* (2001)— que el novelista barcelonés dedicó a su reconocido maestro: «A la hora de analizar la obra literaria de Baroja, poco hay que decir, porque los defectos son palmarios y las cualidades, en rigor, se reducen a no tener ninguna, lo que en cierto sentido es un gran mérito. De modo que Baroja ocupa un sitio entre los grandes escritores, pero nadie consigue explicar muy bien por qué». Una respuesta más que aceptable a esta pertinente pregunta nos la da Azorín en el texto que he citado al principio: lo único que puede explicar el éxito de Baroja es su estilo; ese es su auténtico secreto. Un secreto que, por lo demás, remite a otro interrogante planteado por el propio Azorín; me refiero a la pregunta que cualquier lector actual de Baroja podría hacerse: si no hubiese sido escrita por Baroja, ¿hubiese tenido el éxito que ha tenido, por ejemplo, una novela como *El árbol de la ciencia*? O, yendo un paso más allá: ¿se podría haber escrito *El árbol de la ciencia* o cualquier otra novela de Baroja con un estilo distinto al suyo? Azorín nos da una respuesta que, una vez más, suscribo de principio a fin: «Entremos en la técnica de la novela. Primer punto (problema que se renueva a cada nuevo libro de Baroja); primer punto: ¿se puede escribir lo que escribe Baroja, según la psicología de Baroja, con un estilo distinto del que el autor emplea? No; evidentemente, no». ■ ■